



"El Parado"

Personajes

F. S.
D. 5

- Sosario Sta. Bottaro
 - Silvia " Cirin
 - Mameca " G. Berta
 - Citi " G. Du. Silva
 - José Antonio fr. Sapelli
 - Ernesto " Becco
 - Urce " Aciranza
 - Criado. " Delola
- Dos niños varones de 4 a 6 años

I. N. I. A. L.

Procedencia Donación del Sr. Carlos Brussa.

Expediente _____

Pieza Nº 2 _____

Fecha _____

Destino Arch. "F. Sánchez".

"El Pasado" Comedia en 3 actos
de Florencio Sanchez

- Acto 1º -

- En un hall lujoso -

- Escena 1ª -

X Rosario, aparece sentada, atendiendo una conversación telefónica que tiene lugar en una habitación inmediata y de la cual se oyen repetidos campanilleos y ¡hola! Impaciente. X

Silvia - (Que vuelve del teléfono). ¡Uff! No conozco cosa más inservible que un aparato telefónico.

Rosario - ¿Qué dicen?

Silvia - No se entiende ni jota. Pido con el Club y me ponen con un aserradero, y luego con una agencia de vapores, y cuando consigo comunicación, después de recorrer media lista de abonados, resulta que el aparato no funciona bien y no se puede pescar palabra.

2
Rosario - ¡Que fastidio! Voy á mandar á Mamiel.
Silvia - ¡No es para tanto mamá! Parece que fuera la primera vez que falta Ernesto de casa. ¡Se habría quedado en el Club.!

Rosario - De bonito humor, anda eh pobre!

Silvia - Pues por eso mismo dicen que el poker es un gran calmante.

Rosario - Habría mandado aviso. Me tiene muy inquieta su ausencia.

Silvia - ¿Qué podría haberle ocurrido?

Rosario - No sé. Algo! Están vehemente ese muchacho que bien puede haberle dado un giro más desagradable á su asunto.

Silvia - ¡Por Dios! que sería curioso. ¡Un duelo! No hay rival afortunado y supongo no que irá batirse con la niña; ni con su papá, ni con su hermanito; ¡Ah! Serías muy capaz de pensar en... ¡Qué desatino mamá! ¡Qué desatino! Es no conocer á Ernesto suponerlo un caso de crónica policial. En castigo de esa curiosidad, así que venga se lo cuento.

Rosario - ¡ Niña !

Silvia - Verás como te pongo y lo que se va á reír de tí cuando sepa que te lo imaginabas ingiriéndose una disolución de fósforos ó de bicloruro por... amores contrariados ¡ Nada menos ! Vaya ! Se acabó ! ¿ eh ? Y á ver, si cambiamos de semblante señora. ¡ Haecce tres días que no se le vé una sonrisa.

Rosario - ¡ Me afectan tanto las contrariedades de mis hijos !

Silvia - Cualquiera diría que está unido dejado de la mano de Dios.

Rosario - Tampoco vivimos en el mejor de los mundos.

Silvia - ¿ Porqué, mamá ? Vamos á ver (*sentándose á su lado*) ¿ Porqué razón ? Cene-
mos sabid, tenemos fortuna, tenemos
representación social, amor y paz en ca-
sa ¿ Qué nos falta ? ¿ Papá ? Es verdad que
seria más completa la dicha si viviera,
pero....

Rosario Hemos perdido también a José Antonio!

Silvia - ¡Oh! En todo caso á una posible parentela, á él no. Extravagante, raro ó maniático, continúa siendo un afectuoso miembro de la familia.

Rosario - ¿Y la suya?

Silvia - ¿Que nos importa? Con hacernos la cuenta de que sigue soltero!

Rosario - Cada día me resulta más difícil hacerse esa cuenta.

Silvia - No ves la causa.

Rosario - Yo la siento en la misma, felicidad de mi hijo, en la firmeza, en la tranquilidad, en el calor de ese hogar tan desparejo y tan inconveniente que ha formado.

Silvia - ¡Habrias preferido acaso que le fuera mal!

Rosario - No sutilices, hija. Es bien triste no poder aumentar su dicha participando de ella.

Silvia - ¡Para lo que le importa á José Antonio nuestra concurrencia! ¡Vaya! ¡Vaya! Seguro que te empieza á contagiar abuelita con

su manía de agrandar la mesa. (Signo negativo de Rosario) ¡Si, no será que empiezas á sentirte abuela?... A que si?... ¡A que he dado en la tecla! Confiesa. Acerté?

Rosario - Quizá. Pero no es eso.

Silvia - ¡Ee has vendido! No me lo niegues! Pero resulta un renunciamiento mamá... ¡No estás tan vieja!

Rosario - (Un tanto halagada.) ¡Muehacha!

Silvia - Y además... y además tu hija se resentiría si no la reservases el placer de ascenderte á abuela con más honor. Al fin y al cabo no soy tan mal par-tido ni tan fea. Y San "se acabó" que es el más oportuno de todos los santos ¿Me entiendes? Y San afuera cavilaciones y San adiós gravedad y San deme un par de besos... Así. Y enidadito señora mía, con que vuelva á las andadas, por que si lo hace... no hay ascenso! ¿Salimos luego?

~~Rosario~~ - Si quieres!...

Silvia - Si no quisiera no preguntaria. (Se aleja.)

~~Rosario~~ - Mandame á Manuel!

Silvia - Volvemos?

~~Rosario~~ - No, es para otra cosa.

Silvia - ¡Ah! Si no, lo dicho. No hay ascenso!
(Mutis.)

~~Rosario~~ - (Hace, además de responder y luego viéndola salir queda un instante abstraída con la vista fija en la puerta.)

Escena II ~~Rosario~~ Ernesto y Silvia.

Silvia - (Reapareciendo con Ernesto.) ¡Albricias!
Aquí tienes al hombre ¿Le crees aquello?

~~Rosario~~ - ¡Hijo. Me tenías inquieta.

Ernesto - No sé por qué.

Silvia - Estaba por hacerte buscar por la policia,
figúrate! ¡Pero qué cara traes muchacho!

Ernesto - (Mirándose en un diván) ¿No ha venido carta?

Rosario - No. (Pausa).

Ernesto - Sabes que se van al campo?

Silvia - ¿Quieres?

Ernesto - Ellos; toda la familia. Una verdadera fuga.

Rosario - ¿Por qué ha de ser fuga?

Ernesto - En plena season, sin causa aparente, los patates y al campo por tiempo indeterminado ¿No les parece extraño?

Silvia - Absolutamente. La vida en el campo es muy económica.

Ernesto - No digas idioteces.

Silvia - Jesús! Todo el mundo sabe que andan mal de fortuna. Salvo que se la hayas reparado hijito.

Rosario - (Contrariada). Oh! Silvia.

Ernesto - (Para sí.) (Es bien extraño!... Bien extraño. Sintomático)

Rosario - Con semejante empeño, el asunto más claro se obscurece y se complica.

Silvia - Déjalo, mamá; es el amor propio.

Cualquiera convence á estos caballeros de que podemos ~~no~~ quererlos ó dejar de que-
rerlos sin más razón que nuestro sentir.

Ernesto - (Alzándose) Estoy seguro de que aquí
no hay tal cosa.

Rosario - Pues si estás seguro del cariño de esta
niña, no ves por qué razón has de desespe-
rarte y afligirte así. Por otra parte debes te-
ner en cuenta que nada se había forma-
lizado y por lo tanto son muy dueños
los padres de intervenir en los sentimien-
tos de la hija.

Ernesto - Si estando mal encaminados...

Rosario - Pueden creerlo así.

Ernesto - ¡A mí respecto, mamá?

Rosario - ¿Por qué no?

Ernesto - ¡Oh! Por muchos motivos; además de
don de gentes que consagra derechos, que no
se pueden desconocer caprichosamente y
han de mediar circunstancias, y muy
serias para que á un hombre decente se le

cierren las puertas de una casa, como lo han hecho conmigo.

Silvia - Pero si eso es la cosa más natural y corriente. No les has resultado el yerno ideal y antes que las cosas pasáran á mayores, te suelven hacértelo saber.

Ernesto - No te acepto por modestia el poco favor. ~~No! no! no!~~ Un hombre de mis condiciones morales, de mi fortuna, de mi apellido, es un yerno que no se rechaza y mucho menos, á precio de sábe Dios cuantos violencias y sacrificios. Esto es lo que me perturba y me mortifica. Si el desahucio hubiera venido de Carmen, si lo hubiera motivado la desigualdad de fortuna ó de posición social, si pudiera acaecerme un vicio ó un defecto, me hubiera tragado en silencio mi contrariedad ó mi desconsuelo. Pero en estas circunstancias, de ningún modo. Tengo la obligación de poner las cosas en claro.

Rosario - ¡Qué ofuscado! ¡Qué ofuscado estás!

Ernesto - ¿Me permitirías mamá, que te hiciera una pregunta? un poco cruel quizás, pero muy justificada en estos momentos.

Rosario - (*Sobresaltada.*) ¿A mí...? ¿De qué género?

Ernesto - No, no te inquietes. Quisiera desvanecer una ingrata preocupación.

Rosario - (*Domandándose con esfuerzo.*) Habla, hijo.

Ernesto - Perdóname. No he pensado nada indigno. Mejor dicho; no he sabido explicarte.

Rosario - No quieras disculparte! Te comprendo. Has ido á buscar en la tumba de tu padre una justificación de tus derrotas amorosas.

Ernesto - ¡Mamá! No mereces esa injuria!

Rosario - Perdóname á tu vez, fué impensado el reproche. Tenias razón; la muerte violenta de tu pobre padre á prodido prestarse á conjeturas y comentarios de todo género.

ro, pero se produjo en la forma en que Vds. saben, en un ~~exceso~~ de melancolía, ó neurastenia. Fui un hombre de bien y no les dejó ningún legado desdorado, ¡ningún legado desdorado! Su recuerdo no podrá ser obstáculo para la felicidad de sus hijos. Fui un caballero, el mejor de los caballeros, el más noble, el más generoso. Por eso, Ernesto, me ofendió tanto tu sospecha y te contesté violentamente. Me pareció que después de haber mantenido tan vivos en ti estos conceptos no tenía derecho á ofender su memoria, ni con el asomo de una sospecha.

Ernesto - Perdóname; mamá, perdónme!

Rosario - Sí; te perdono. Pero es preciso que aproveches la ocasión y no te dejes llevar, por sentimientos que te ofuscan; hasta el punto de hacer te perder todo respeto por ti mismo y los tuyos.

Ernesto - Pero mamá, si precisamente es ese concepto de nuestra fuerza moral, lo que me hace bus

car la justificación del agrario.

Rosario - ¿En ti y en los tuyos?

Ernesto - No tengo derecho a dudar de los demás.

Silvia - Bah! Bah! Bah! No digas pamplinas!

Ernesto - Callaré cuando se me expliquen satisfactoriamente las causas de este extraño desahucio, y eso lo he de conseguir aunque arda el mundo.

Escena III Tichos y José Antonio.

José Antonio - (Que ha oído las últimas palabras.)

¿De qué se trata? ¿Hay que llamar á los bomberos?

Silvia - No, más bien es caso de duchas ¿Vino abuelita?

José Ant. - Sí; ahí está (Silvia corre en su busca.)

Como te encuentras, mamá? Esta mañana cuando vine á buscar á abuelita me dijeron que no te sentías bien.

Rosario - Fue cosa pasajera.

José Ant. - (A Ernesto) ¿Qué te pasa? Dura la crisis?...

Ernesto - Una friolera! Ahora huyen y se llevan a esa pobre criatura al campo para que me olvide. El asunto va tomando las proporciones de un escándalo social.

José Ant. - ¿Qué me cuentas! ¿Y Norte América, que dice?

Ernesto - (Fastidiado) Que no está para bromas.

José Ant. - ¡Ajá! Entonces arriaremos la bandera. (Se sienta - pausa embarazosa.) De modo que el asunto es realmente grave?

Ernesto - Mas de lo que te imaginas.

José Ant. - ¡Ajá!

Rosario - Si supieras las proporciones que le está dando! Sermonéalo ¿quieres? (Ademán de irse. Luego volviéndose a José Antonio) Búscame antes de irte. Tenemos que hablar. (mutis.)

Escena IV

José Ant. - Supongo que no andarás haciendo pa...

pelones por ahí, como un chico sentimental.
Sería indigno de tu corrección, Ernesto.

Ernesto - En todo caso, me parece que no sería tú, el más indicado para recordármelo.

José Ant - ¡Ajá! Estás agresivo.

Ernesto - Contéstalo.

José Ant - (Poniéndose de pie con firmeza.) No, señor; agradece.

Ernesto - Tómalo como gustes.

José Ant - Desde luego (pausa) Estás desconocido, chico. ¿Te fastidia que no tome muy en serio tu decepción amorosa?

Ernesto - Nada de eso. Quisiste darme una lección de compostura y te respondí como debía.

José Ant - ¿Como debías? ¿Como debías? ¡Ajá! Pero que idiotez la mía, en no haber caído antes. No digas ni una palabra más. ¡Comprendido! No tiene derecho a hablar de corrección, quién, como yo, ha cometido un acto de lo más inconveniente y anti-social. ¿No, es eso? Y con el hallazgo acabas de resolver tu incidente

pasional. La familia Cree me ha dado con la puerta en las narices porque acarreaba conmigo el parentesco desdorado de un extra vagante y una mujerzuela.

Ernesto - ¿Y si fuera así?

José Antonio - Dívia que nada tengo que lamentar, ni reprocharme.

~~Ernesto~~ - ¿Ni siquiera el haber sido un obstáculo a la felicidad de los tuyos?

José Ant. - Ni siquiera eso. Primero porque no creo en el obstáculo y segundo porque no tengo la obligación de sacrificar mi dicha a la de nadie.

Ernesto - No eres muy generoso que digamos.

José Ant. - Acaso lo eres tú pretendiendo limitarme el derecho de ser feliz? Es necesario que te repongas, Ernesto. Estas haciendo cosas inconciliables con el buen sentido. Si la situación no tiene remedio, aguanta tu pena con toda hombría, afronta la lucha si conservas esperanzas, pero no te empeñes en

14
darle al asunto otra trascendencia que la de un vulgar incidente amoroso, y mucho menos poniendo á prueba, como acabas de hacerlo, sentimientos que tienen la consistencia de lo bien definido y acendrado. Nos estás mortificando á todos.

Ernesto - Lo comprendo, lo reconozco; pero te aseguro que habrás acabado de perdonar mi grosería, si pudieras darte cuenta exacta de mi estado de ánimo.

José Ant. ¡Oh! Me lo figuro.

Ernesto - No; se trata de algo más hondo y de un orden distinto al que te imaginas.

José Ant. Dilo.

Ernesto - Es el desmoronamiento de mi personalidad moral.

José Ant. No te comprendo.

Ernesto - Todas las circunstancias de este episodio, me están evidenciando, que yo no soy lo que he creído ser; que no tengo los derechos á la consideración social que me he arrogado.

José Ant. - (Tranquilamente) ¿Cui sabias.

Ernesto - ¡Oh! Puedo jurar que la causa no está en mi!

José Ant. - ¿Y entonces?...

Ernesto - Ese es mi abismo. He llegado hasta suponer, que la muerte de nuestro padre....

José Ant. - ¡Callate!

Escena IV dichos y Rosario.

Rosario - (A José Antonio) ¿Me has auscultado á ese enfermo? ¿Como sigue?

José Ant. - Grave, señora. (A Ernesto que hace ademán de irse) Si quieres, mañana, hablaremos de ese asunto.

Ernesto - Bueno. (mutis.)

Rosario - Habrás visto que esto no marcha.

José Ant. - Te equivocas. Lleva una rapidez vertiginosa.

Rosario - ¿Qué quieres decir?

José Ant. - Que es necesario adoptar remedios he-

16

róricos. Lo que tú crees que sea una ofensa pasajera de Ernesto, tiene raíces muy hondas en el espíritu del pobre muchacho. La actitud de la familia de su novia, era de por sí muy significativa. Añade á esto la repercusión social del incidente, los comentarios de un público naturalmente inclinado á escandalizar; las reservas leales ó solapadas de cuantos hablan con el muchacho; y lo tendrás desvanando el ovillo que ha de llevarlo á averiguar, ó cuando menos á presumir la verdad. ¿Contra todo esto, cuáles son tus recursos?

~~Rosario~~ Acabo de escribir á Arc.

José Ant. - ¿ En qué sentido?

~~Rosario~~ Pidiéndole una entrevista

José Ant. - ¡ Ajá! ¿ Exponiéndote á todo?

~~Rosario~~ A todo. Acabas de decirme que es necesario un remedio heroico.

José Ant. - Está bien. Lo hecho, hecho está. Te advertiré sin embargo, que si la buena volun-

lad de ese señor, no ha podido evitar el conflicto, menos bastará á reparar, sus consecuencias.

Rosario Tengo la seguridad de conseguirlo todo. De otra manera, no habria tomado una determinación tan deprimenté para mi.

José Ant. (Severo) Te dicho que está bien.

Rosario Dispensa, no creí ofensiva la constatación desde que sabes que estoy dispuesta, á agotar todos los recursos antes de perder el respeto de tus hermanos.

José Ant. Si hubieras empezado por decirles la verdad, no te verias en este caso.

Rosario En mismo, me aconsejaste ocultarla.

José Ant. Cuando comprendí que llegaría tarde; cuando me di cuenta que podría ser de efectos fatales para esas criaturas, incapaces de comprender otros conceptos que los falsos conceptos que les habías inculcado. Hoy no pienso lo mismo, es más; creo que estás obligada á jugar el todo por el todo llamando á Ernesto, é imponiéndolo de su verdadera situación. Si ha de saberlo, gana

rias más con que lo supiera de tus labios. El muchacho está en condiciones de discernir y aunque tiene mucho apego por sus prejuicios sociales, es un espíritu caballeresco y te quiere lo bastante para otorgarte su perdón.

Rosario - ¡Y su desprecio!...

José Ant. - No has sabido prepararte otra cosa.

Rosario - ¿Nada vale entonces el afecto sembrado durante toda una vida de dedicación?

José Ant. - Nada. Sembrabas en mal terreno. No quisiste prepararlo bien.

Rosario - ¿Qué debí hacer? Fundar una moral,
si una escuela, una religión para ellos?

José Ant. - No tanto. Enseñarle a concebir la vida de una manera más racional, con la noción de su verdadero estado moral como punto de partida. Allí está mi ejemplo.

Rosario - ¿En ejemplo?

José Ant. - Si! Si! O es que tienes algo que reprocharme?

Rosario - ¡Oh, hijo mío, no hables de tu ejemplo,

no hables de tu ejemplo!...

José Ant - ¿No me has ^{comprendido} conservado? No he sido correcto, deferente, y cariñoso contigo? ¿Qué otra cosa podías exigirme, si hasta he llegado a justificar tu crimen, más aún, hasta hacerme cómplice de tu crimen, prestando me a tu sistema egoísta y contra productivo de simulación?

Rosario - ¡Oh! No hables así! ¿Eh? no has sido un cómplice; te engañas! Has sido un juez y mi verdugo.

José Ant - ¡No! ¡No es exacto!

Rosario - Haciéndome apurar hasta la última de las humillaciones para arrancarme la confesión de mi falta.

José Ant - Quería saber.

Rosario - Ultrajándome, luego de aquella manera tan despiadada y brutal.

José Ant - No era dueño de mí, ¡Acababa de matarse mi padre!

Rosario - Es que no te satisfizo el castigo suficiente

para concitar sobre mi todas las misericordias.
Después refinaste el procedimiento, reemplazando la violencia de tus bofetadas por ~~que~~ el veneno lento.

José Ant. - No! No! Me arrepenti, reaccioné!...

Rosario - ¿De qué manera? Volviendo a casa para hacerme presente mi falta y tu desprecio, en todos los minutos de la existencia?...

José Ant. - Vine a reparar.

Rosario - Viniste a buscar a mi criada para hacerla tu esposa.

José Ant. - No fué deliberado.

Rosario - Con la afrenta separabas el porvenir del pasado, y apurabas el castigo, negándome el derecho de intervenir en tu vida y la alegría de renovar en tus hijos las emociones de la maternidad. Ya ves que me has cobrado bien caro tu silencio.

José Ant. - Mira que estás cometiendo la más grande de las injusticias.

Rosario - Digo la verdad.

José Ant. - Las puertas de mi casa han estado siempre

abiertas, Mis hijos te esperan.

Rosario - En tu casa está mi criada.

José Ant - (Reprimiendo un ademán violento, luego se acerca á Rosario y la contempla un instante.)

¿Qué debo pensar de ti, mamá?

Rosario - Que estoy dispuesta á todo. ~~Te~~ sufrido mucho para no saber defenderme.

José Ant - ¿De mí?

Rosario - De ti, en primer termino ¿Quieres entregarme al desprecio y la maldición de tu hermano? que me repudie, que me insulte, que me castigue como lo hiciste tú?

José Ant - ¿Qué te hace creer semejante cosa?

Rosario - Todos tus actos. ~~7mbr~~

José Ant - Y es, ofendiendo mis sentimientos como piensas desarmarme; ¡Oh! Se ha perturbado la inminencia del peligro. Sabiendo que una sola palabra mía.....

Rosario - Te autorizo á que la pronuncies.

José Ant - No has sabido comprenderme. Lev para los dos. Defiéndete con tus armas. No hablaré.

Rosario - ¡Ah!

José Ant. (Tomando el sombrero y encaminándose a la puerta.) Perdiste conseguir lo mismo sin agraviarme (mutis.)

Rosario - (Corriendo detrás) ¡No! ¡No! ¡Hijo!

¡Hijo!

ET

Belón

lento

Acto 2º

La misma decoración

Escena I

Mameca, anciana de 75 años, bastante sorda. y Silvia.

Mameca - (A Silvia que lee un libro un poco alejada.) ¿E' si ha venido José Antonio, hija. Me parece haber oído su voz.

Silvia - Usted, Mameca? ¿Que ha de oír!...

Mameca - ¿Qué dices?

Silvia - (Aproximándosele y alzando la voz.) Que no ha venido.

Mameca - Ah!... Ven, siéntate aquí. Estoy segura que no se halla enfermo.

Silvia - Si señora. Está bueno.

Mameca - ¡Ah! ¿Está bueno? y entonces, ¿por qué no viene?

26
Silvia - No sé, Nameca. Quizá sus ocupaciones.

Nameca - Nunca deja de venir aunque sea un ratito. Mira hija. Estoy sospechando que aquí sucede algo.

Silvia - Por qué señora?

Nameca - Ah! Yo no sé! Pero algo me ocultan. Tu madre anda como un alma en pena; no se la vé, no vá a la mesa. Cada día más chica la mesa; hoy no éramos más que nosotras dos a almorzar.... José Antonio no viene ni a buscar me, ni darme... y el otro muchacho, Ernesto, hace como una semana que no se deja ver la cara. Esto es muy triste.

Silvia - Ah! Chochees, abuelita, chochees.

Nameca - ¿Qué decís?

Silvia - Digo que haces mal en pensar en tonterías ¿que podría ocurrir entre nosotros?

Nameca - No será cuestión de intereses ¿verdad?

Silvia - No. Como te he dicho mamá no anda muy bien, y en cuanto a Ernesto lo tiene muy preocupado el bolsazo de Carmen Arce.

Nameca - Eh ?

Silvia - El bolsazo.

Nameca - Ah! Qué muchacho, qué muchacho!
Será una peleitá nadapmás. Siempre sue-
de entre novios. Mucha pasión, mucho de-
sesperarse por cualquier contrariedad creyen-
do que hasta la vida puede costarles y cuando se
casan se aburren de las mujeres.

Silvia - Ah! pícaro abuelito!

Nameca - Eh ?

Silvia - Con que tenía usted quejas de abuelito ?

Nameca - Muchacha maliciosa. No; no fué
malo. Me estaba acordando de mi pobre hijo.
Era tan sencible el pobre!... Antes de conocer
á tu madre, tuvo amores con la mayor de las
de Peña; una muchacha de genio tan terri-
ble y tan coqueta, que ¡ Dios me perdone!
valió más que no se casáran. Bueno: Cada
pelea con ella nos costaba un disgusto á todos
en casa por lo triste y compungido que se
ponía. Llegaba hasta llorar como una

28
criatura.

Silvia - Y con mamá? Eh? con mamá. ¡Ah!

Mameca - Lo mismo, lo mismo.

Silvia - Y se aburrío después de ella?

Mameca - Mira, ¿que cosas dices?

Silvia - No ha dicho usted que los hombres así que se casan se aburren de las mujeres?

Mameca - No señor, no es cierto!

Silvia - Sí, abuelita. En este momento.

Mameca - Mentira, mentira.

Silvia - Está chocha, está chocha.

Mameca - Quié?

Silvia - Que está chocha.

Mameca - No he dicho nada; no señor, no he dicho nada. Y cuidadito con faltarme el respeto.

Silvia - No abuelita, no se enoje. Era una broma mía. Por oirla reongar.

Mameca - Ah! ¿Ves? Podré estar sorda, pero la memoria gracias à Dios....

Silvia - Mire quien llega!...

Escena II

Dichos y José Antonio.

José Ant. Buenas tardes. (Besa á Nameca en la frente.) ¿Como está abuelita?

Nameca. Te esperaba, hijo.

José Ant. No pude venir. Un negocio. (á Silvia) ay tú?

Silvia. Bien, como siempre.

Nameca. No has estado enfermo?

José Ant. No señora.

Nameca. Gracias á Dios? Y tus neves? Y tu señora?

José Ant. Buenos, muy buenos. Con ganas de verla.

Nameca. Pobrecitos! Criaturas cariñosas. Me tienen tan regalona que cuando no vienen á buscarme lo paso de mal humor.

José Ant. Sabe que Pilulo está muy enojado?

Nameca. ¿Conmigo?

José Ant. Si señora; por su regalo. Dice que hubiera preferido postales.

30
Nameca - Si, muy bonito ~~!~~ Herejes !...

Silvia - Qué era !?

José Ant. - Unas estampas de San Luis Gonzaga.

Silvia - (Rie) Já, já, já.

Nameca - Si ríanse de la gracia. Lo único que te reprocharé toda la vida es que eduques á esas criaturas como unos judíos sin religión, ni nada.

Silvia - Los judíos tienen religión.

Nameca - Qué sabes tú mocosa, No tienen; no creen en Dios.

Silvia - Lo digo que sí.

Nameca - Callese la boca atrevida ! (Murmurando) Los inocentes, sin moral, sin saber rezar, ni el bendito....

José Ant. - Tú siempre contradiciéndola.

Silvia - Ya lo ves. Si no lo hago, extraña, imaginándose quien sabe qué cosas.

Nameca - Qué estás hablando pizpireta ? (A José Antonio.) Es de mí ?

Silvia - Empezaba á contarle lo que me dijo

usted de los maridos.

Mameca - Son invenciones. No lo creas José Antonio.

¿Me llevas contigo?

José Ant. - Si señora.

Mameca - Bueno hijita; acompáñame a mi cuar-
to, con eso me arreglo un poco.

Silvia - Venga usted señora presumida á empe-
rifollarse.

Mameca - Qué?

Silvia - (Dándole el brazo y encaminándose hacia
la puerta derecha) Digo, que el día menor
pensado no la vemos más.

Mameca - Si; cuando me muera.

Silvia - No; cuando haga una conquista.

Mameca - Burlate, burlate. Ya vendrán otros
á vengarme.

Silvia - ¿Mis nietos? Eh? Mis nietos.

Mameca - Pero; han visto el atrevimiento? Una
niña no habla de esas cosas.

Silvia - Usted lo ha dicho. Y bien claro. (Re-
mendo.) Ya vendrán tus nietos á vengar.

me.

Maneca; No seas descarada muchacha! No seas
descarada! Qué manera de mentir.

Silvia - Si señora; lo ha dicho y lo ha dicho! (Hacen
con mutis disentiendo.)

Escena III

José Antonio, Rosario ~~desde~~ adentro.

Rosario - (~~Desde adentro~~) No le haga caso señora!
Es muy loca. (Al aparecer advierte a José An-
tonio, y un tanto cohibida.) ¡Ah! ¿Recibiste
mi carta?

José Ant. - Sí. Por eso he venido.

Rosario - (~~Avanzando~~) ¿Me guardas rencor?

José Ant. - No, mamá. ¿Me lo guardas tú?

Rosario - Oh! Perdóname! Ée he llamado para
pedirte consejo.

José Ant. - No será porque me necesitas?

Rosario - Sí, también. Pero quiero ante todo Tener

la seguridad de que has olvidado mis agravios.
¡ Ah hijo ! Si pudieras imaginarte cuanto
padezco, ya habrías venido á ofrecerme tu
perdón. Lo que hayas sufrido ^{por} por mi cul-
pa, lo que sufrirán tus hermanos si llegan
á conocerla, aún el ^{dolor} sufrimiento que llevó á tu
pobre padre á quitarse la vida, todo, todo,
~~todo~~, será poco comparado con mis padeci-
mientos. No es el remordimiento de mi fal-
ta lo que me atormenta Todavía no
sabría decir si me he arrepentido .. Es la fa-
talidad, el destino No sé ! ... Una fuerza
ciega, feroz, implacable, que me castiga !
(Pausa) Todo lo había resuelto el sacrificio
de tu padre Su grandeza de espíritu
me iluminó devolviéndome la concien-
cia de mis deberes maternales. Y cuando
me consagraba á reparar mi pasado con
una abnegación digna por cierto de aque-
lla obra, te me presentaste tú, como un
rayo de la fuerza vengadora á destrozar

me el alma con la más indecible de las crueldades... Cuánto te dije anteriormente, todo era verdad; aunque entonces hablaba el rencor. Quiero que me oigas hoy, repetirte lo así sin altanería, humildemente, para que me comprendas mejor. Yo te he visto después del ultraje tolerado; justificado, perdonado; ~~perdonado~~ perdonado á pesar del sacrificio de mi altivez y de mis derechos de madre, perseguirme y acorramme como á una fiera maligna.

José Ant. ^{te} te engañabas.

Rosario Oh! Nada hiciste para que lo creyera. Atacabas mis costumbres, mis creencias, mi moral; querías disolver, destruir todo lo que para mí era respetable; apoderarte de tus hermanos, desalojarme de sus afectos, arrancármelos á mi cariño tanto más intenso, cuanto mayores eran las ~~luchas~~ lúbricas y las angustias en que me tenías.

José Ant. Combate tus prejuicios mamá. Por tu

bien, para evitar este desastre que tu ofuscación no te dejó prever.

Rosario - ¡Yo lo creía así! Ahora veo más claro. Pero eso no me quita lo sufrido. En nombre de tanto padecimiento, quiero suplicarte ahora que me perdones y que me salves. ¡Que me salves José Antonio, que me salves! Ernesto está á punto de descubrirlo todo.

José Ant. - Como? ¿Qué pasa?

Rosario - Sospecha ya! Ayer á venido ^{como} ~~era~~ un juez á interrogarme. Serio, severo, desconfiado. Quería saber las causas de nuestra enemistad con la familia de Arce.

José Ant. - ¡Já!

Rosario - Yo ~~he~~ ^{perdido} ya mi serenidad. No ~~puedo~~ ^{puedo} dominar la inquietud y no sé lo que le respondí.

José Ant. - Como!...

Rosario - No, no llegué á delatarme, pero le di el viejo ^{pretexto} ~~pretexto~~ de un rencor de juventud de colegio con la madre de su novia. ¡Ja, vesique tontería! El muchacho no podría creerlo, exigio mas...

36
exigir la verdad, ~~la verdad~~ ¿me comprendes?
Y terminamos de una manera violenta. Aun
no ha vuelto á casa, y yo estoy, desde entonces, como
un red descontando uno á uno los minutos que
me separan del momento angustioso. Salva-
me ¡ salvame! En tienes bastante ascendiente so-
bre él. Búscalo, aconséjalo, cálmalo, y si Dios
no quiere evitarme la nueva prueba, hazme la
menos dura, diciéndole tú la verdad de mi fal-
ta y de mi terrible expiación. Hazlo José An-
tonio, yo estoy muy transida y atribulada, ¡no
tendría fuerzas para resistir el choque!

José Ant. Sin embargo, sería más conveniente que tú...

Rosario No, hijo, No me exijas por Dios el tormento
de esa confesión. En estás más sereno, sabes ra-
zonar, conoces su espíritu. Le será fácil, estoy
segura, hallar argumentos capaces de atenuar
su dolor y despertar su clemencia. Yo no! Qué
horror!... Me moriría... me moriría... ~~xxx~~
~~xxxxxx~~... ¡ ~~Oh~~ ^{Oh} pobre de mí!... (Llora.)

José Ant. No te aflijas! No hay que desesperar mi pre

capitularse. Si no ha ocurrido nada más que lo que me cuentas, no es tan inminente el peligro.

Rosario (Reanimándose) ¿crees que se podría hacer algo todavía?

José Ant. No te hagas ilusiones. Ernesto debe saber la verdad.

Rosario (Contrariada) Oh!

José Ant. Es preciso definir cuanto antes esta situación. El asunto es encontrar la forma conveniente para todos.

Rosario Yo tuve esperanzas en Cree, pero sin duda no ha querido verme....

José Ant. Los amores de Ernesto son una cuestión secundaria. No resolveríamos nada con que los Cree volvieran sobre sus pasos. Quedaría latente el peligro de una crisis moral, quizás más grave que esta. Hay que empezar por el principio.

Rosario Sin embargo, si pudiéramos seguir ocultando...

José Ant. No insistas mamá, no insistas. Mira que puedo creer que te perturba el amor propio. Hace un instante estabas resignada á una solución.

38
Mantente ^{firme} ~~fiere~~ y, confía en mí. Yo no tengo, crees,
otra preocupación que el bienestar común cimen-
tado en la buena fé, la sinceridad y el amor,
Busquemos la línea recta ¿crees por ventura
que conjurado el peligro momentáneo, consigui-
rías la tranquilidad y el reposo á que tienes
derecho?

Rosario - Tal vez. (Se levanta.)

José Ant. No, señora, no, no, no te tienes lástima.
Volverían los días de ~~sofóbra~~ ^{sofóbra} é inquietud á ator-
mentarte la vida. Hoy es Ernesto, mañana po-
dría reproducirse el caso con la pobrecita Silvia.

Rosario - Oh! Es cierto. Tienes razón. Haz lo que consi-
deres mejor. Me entrego á ti definitivamente.
¡Oh! si te hubiera comprendido antes! Te creía
enemigo.

Escena IV

Dichos, un criado

Criado - (Anunciando) El señor Cree.

Rosario - (Vivamente) ¡El! (Luego dominando su

impresión consulta con la mirada á José Antonio,
~~que rehuye una respuesta volviendo el rostro.~~)

¿Cui dirás?

José Ant. - (Pausa) Oh! Para qué todo esto?

Rosario - Ordena!...

José Ant. - Recíbelo.

Rosario - No te mortifica?... (Alerado) Hágallo
pasar al salón.

José Ant. - Recíbelo aquí. Yo me voy.

Rosario - (Alerado) Dígale á ese caballero que pase.
(A José Antonio que se aleja.) ¿Cui me esperará?
¿verdad? No temas. No haré nada deprimente.
Es una última tentativa que puede sernos pro-
vechosa.

José Ant. - Quien sabe!... (Montis.)

Escena V

Rosario y Aree.

Aree - Siento con su perdón Rosario. No me ha

40
sido posible venir antes.

Rosario - En realidad; ya no le esperaba.

Aree - ¡Oh! Nunca debió usted suponerme capaz de una descortesía.

Rosario - Han cambiado tanto las cosas!...

Aree - Efectivamente, pero...

Rosario - Bien, Daniel. No debemos evocar recuerdos. Permítame que vaya directamente al ^{motivo} objeto de mi llamada. Se trata de Ernesto.

Aree - ¡Ah, de su hijo!

Rosario - Sí, de mi hijo. Me ha extrañado en verdad la severidad de Vds. con el pobre muchacho.

Aree - Yo ignoro...

Rosario - No, Daniel! Usted no tiene derecho a desinteresarse del asunto. A Ernesto le han notificado la formal oposición de ustedes a sus amores con Carmen y el deseo de que no insista.

Aree - Será cosa de los muchachos. Yo no he intervenido, se lo aseguro.

Rosario - Eso es un subterfugio egoísta. Abordemos categóricamente la cuestión.

Aree - Le juro Rosario que...

Rosario - En todo caso, si usted no ha intervenido, es menester que intervenga. Ernesto está seguro de haber, conquistado el corazón de Carmen, y siendo ello exacto, no debe haber inconveniente para que esas relaciones continúen; no debe haber inconveniente.

Aree - ¿Y si existieran?

Rosario - Creo que no necesitaré decirle, que está usted en la obligación de subsanarlos.

Aree - Por cierto que no esperaba ver complicarse un asunto tan sencillo y claro.

Rosario - Oh! Daniel! No hable así. Piense que yo no lo habría llamado para ocuparme de trivialidades, ni para oír las.

Aree - Veo que continúa usted siendo tan vehemente. Para hablarle en verdad, mi intención al eludir explicaciones era evitarle un desagrado.

Rosario - Desagradándome más?

42
Arcel. No ha dependido de mi voluntad si lo juro, el rechazo de Ernesto. Circunstancias de un orden ajeno á mi influencia han hecho imposible lo que hubiera sido para mí la mayor, de las satisfacciones.

Rosario. Imposible ¿ por qué ?

Arcel. Usted conoce á mi mujer ?

Rosario. Me lo imaginaba. Ella es la causa ¿ verdad ? (Se levanta.)

Arcel. Ella.

Rosario. Su venganza ! Me odia todavía !... ¿ Y tú acatas su voluntad ? Le dejas imponer ? sacrificas á los celos retrospectivos de tu esposa, la dicha de tu hija ? Me dejas sacrificar y condenar ?

Arcel. ¿ A ti ?

Rosario. Si ; á mí ! Me condenas á la vergüenza, á la deshonra notoria, al desprecio de mis hijos !... ¡ Oh ! Daniel ! Ya no eres el hombre en quien deposité mi amor y mi honra !...

Arcel. Adviértete que no entiendo lo que quieres sig.

nificar. No sé nada de lo que ocurre.

Rosario (Dominándose) Oh, perdona! Cuando te enteres comprenderas este desahogo, Ernesto, hallando extraña, incomprensible la actitud de ustedes, pues se cree por todos conceptos, y con mucha razón, digno de la mano de ^{tu} hijo; de cavilación en cabilación, de razonamientos en razonamientos, ha llegado a suponer que las causas están de su parte, y como su conducta no le acusa nada reprochable, busca en nosotros, en su familia, el antecedente desdorado que lo descalifica.

Aree - Nunca sabrá!... (Se levanta.)

Rosario - Sospecha, sospecha ya! Está a punto de descubrirlo todo. Ya ves que tengo motivos para reclamar de tu caballerosidad una solución reparadora.

Aree - ¡Desgraciadamente imposible!

Rosario - Después de lo que te he dicho? ¡Oh!
Es incalificable tu actitud.

44
Aree - Median circunstancias muy graves. El mayor de los absurdos, y seguramente por eso mismo el impedimento es mayor.

Rosario - No entiendo; no quisiera entender.

Aree - Hemos llegado a una altura en que no puedo ni debo ocultarte nada. Tú sabes lo rencorosa que es Amelia. Pues bien, exasperada por mi interés en favor de tu hijo ha llegado a suponer....

Rosario - ¿Qué? ¿Qué?...

Aree - ¡Oh! Algo monstruoso, monstruoso!..

Rosario - Si ¿oh? ¿y te tienen ^{en} también concepto que te suponen capaz de amparar una unión incestuosa ¡Oh! ~~Oh!~~ ~~Oh!~~ Eso es infantil. Un pretexto indigno de tu éprit. Confiesa de una vez que has enajenado tu voluntad, que no mandas en tu casa. Argumenta así y empezaremos a entendernos.

Aree - Rosario, tu impetuosidad te priva del dominio exacto de las cosas. No comprendes que planteado así el conflicto la menor violen-

cia de mi parte provocaría un escándalo de consecuencias peores. ¿Después... los tiempos han cambiado; la vida nos impone obligaciones más graves. Aunque parezca egoísta no me siento con fuerzas para sacrificar al pasado nuestro; la tranquilidad de los míos.

Rosario - ¿De modo que me condenas..?

Aree - Las circunstancias nos condenan.

Rosario - (*Melancólicamente después de una larga y expresiva pausa.*) Está bien, Daniel está bien. Tiene usted razón. La vida nos condena; nos condenamos nosotros mismos. Váyase. Perdóneme si al revivir un instante el pasado llegué a olvidar lo que nos debemos al presente. (*Se tiende la mano.*)

Aree - Sin rencor?

Escena VI

Diegos y Ernesto.

Ernesto - (*Aparece y al encontrarse con Aree se detiene.*)

46
Ah! Perdón!

~~Rosario~~ (~~Demudada.~~) ~~Ah! El!...~~

~~Arel~~ (~~Indeciso se detiene á su vez.~~)

~~Rosario~~ - Puedes entrar Ernesto.

Ernesto (~~Saludando.~~) Señor.

~~Rosario~~ - El... el señor Arel, (~~gesto de asentimiento de ambos.~~) ha venido á verme... con el objeto de explicarme las circunstancias de esa contrariedad que tanto te ha preocupado.

Ernesto - Me felicito entonces de este casual encuentro. Llegaré á saber al fin por qué causas he dejado de ser persona grata á la familia de usted.

~~Rosario~~ - Yo espero de la amabilidad del señor Arel, el sacrificio de unos minutos más de su tiempo, para darte la explicación que deseas.

~~Arel~~ (~~sin perder su serenidad.~~) Efectivamente; acabo de decirle á su mamá que ha habido una mala inteligencia respecto á nuestras relaciones sociales. Las puertas de mi casa nunca se han cerrado para usted.

Ernesto - Muchas gracias. Hay otras circunstancias sin embargo....

Aree - Yo las ignoro señor.

Rosario - (Aparte.) Cobarde!....

Ernesto - Se me ha notificado que debía renunciar, á ciertas aspiraciones de mi corazón, y aunque, la forma no sea muy de protocolo, permítame que le pida una explicación al respecto.

Aree - Quizá el señor no sea persona grata en ese sentido.

Ernesto - (Vehemente.) Porqué?... Eso es lo que me interesa; las causas.

Aree - Creo que en todo caso respondería, mejor la persona interesada.

Ernesto - Pero si ella no ha tenido intervención.

Aree - Ah!

Ernesto - Permítame. Ella acaba de hacerme saber que un grave motivo de familia nos aleja para siempre....

Rosario - (Angustiada.) Oh, Dios mío!....

Ernesto - El motivo, ese motivo cual es?

48
Aree. Yo lo ignoro señor, y como mi posición va resultando un poco desairada ruego que me permitan retirarme.

Ernesto. Como guste.

Aree. - (Saluda y mñtis.)

Escena VII

Rosario y Ernesto.

Ernesto. - (Lo sigue con la mirada, como hilvanando un razonamiento mental y luego volviéndose bruscamente.) Mamá, ¿qué ha venido a hacer ese señor?

Rosario. (Reaciéndose, altivamente.) ¿Qué modales son esos Ernesto?

Ernesto. - Mamá: Aquí está la carta de Carmen. Aquí ¿ves? dice: gra. - ves moti- vos de familia nos se- fa- ran! Cuales son? El señor Aree si ha venido á eso, debe haberlos explicado.

Rosario. - No te ha dicho que los ignora?

Ernesto. - No; no me lo ha dicho. Quiso salir del paso.

Rosario - Entonces no sé que debo responderte.

Ernesto - Mamá, mamá! ¿Ei lo sabes!... Dime la verdad, dime la verdad!... Acaba con esta duda que me tortura. Mira que empiezo a sospechar cosas horribles, que pueden convertirse en certidumbre si persistes en el silencio.

Rosario - Calla, calla, Ernesto.

Ernesto - En certidumbre, en certidumbre... ¿me oyes? ¿Quién es el culpable? ¿Cual es ese motivo infamante que me impide alzar bien alto mi nombre, y mi frente? Responde! Mi padre fue un santo, tú lo has dicho.

Rosario - Calla, hijo. No insistas, no te exites, no te alteres así, yo te lo diré cuando te calmes... ~~Exige~~
Déjame. ¿No ves que me estoy muriendo?
Luego lo sabrás todo. (Intenta alejarse, pero Ernesto lo la retiene.)

Ernesto - No! Ahora, ahora. En el acto!... No podría soportar ni un momento más la duda. Está llorando! Habla! ya! Dime la verdad.

Rosario - Oh! No puedo, no puedo más de dolor....
¡Piedad para la pobre madre!... ¡Ay! (Se de-
ja caer abrumada á lo largo del diván.)

Ernesto - ¿Eh? ¿Eh?... ¿Eh!... El modelo de madre! Ejem-
plo de pureza, de honestidad, de virtud!... Este
era tu premio á mi veneración de toda la
vida!...

Rosario - (Intenta dar voces, pero la emoción se lo impi-
de.) José Antonio!... José Antonio!...

Ernesto - Llámalo. No te dirá menos que yo!... Llama
á todos. Que vengan á saber quién es su ma-
dre!... Aguarda, los traeré!...

Rosario - No. A Silvia no!...

Ernesto - A todos (Llamando.) José Antonio! Silvia!
(Volviéndose.) ¿todavía será poco castigo
para el que mereces. ¿Eh mataste á mi pobre
padre ¿verdad? ¿Puedo llamarlo así? ¿con-
fiesa!... Di el nombre de tu amante ¿Es Cree,
verdad? Dilo. Tengo derecho á saber quien fue
de ser el autor de mis días.... (Estrangulándola.)
Responde, responde. (Alzando el puño.)

Rosario

José Ant
Ernesto

José Ant
Ernesto

José Ant

Rosario

Ernesto

José Ant
Ernesto

José Ant

Rosario - (En ~~apareamiento~~) Oh! No!

Escena VIII.

Dichos y José Antonio.

José Ant. Ernesto!

Ernesto ¿Eh? ¿sabes lo que es esta mujer?

José Ant. No la injuries. Te lo prohibo.

Ernesto - Eh....

José Ant. Es tu madre; es nuestra madre! Es una digna mujer. (José Antonio se dirige hacia su madre.) ¡Tu mamá alzáte! ¡Ese no es tu puesto!

Rosario - Déjame, déjame. No puedo, no tengo fuerzas! Estoy bien así!

Ernesto - Pero que dices José Antonio? ¿Ignoras lo que acaba de confesarme?

José Ant. No.

Ernesto - Entonces ¿qué sangre tienes tú? Oh! no será la de mi padre asesinado por ella.

José Ant. - Te he prohibido que la insultes. Si no te do,

52
minas pensaré que eres un cobarde. Sientate y escucha, criatura.

Ernesto (Dejándose conducir se desploma en un sillón y estalla en sollozos.) ~~Que horror!... que horror!~~ ~~que horror!~~ ~~que horror!~~ (Reconcentrando.) Es imperdonable, imperdonable, ~~imperdonable.~~ Debí arrojar me a la Ynelusa. Para qué me sirve ahora la fortuna, la carrera, la posición que me han dado? Para qué? Al menos advertirme que la falta de mi madre limitaba los derechos de mi vida....

José Ant. - Que derechos, te limita?

Ernesto (Se levanta.) ¡Para qué me educaron así! Para que fuera mayor mi oprobio. Nada más, nada más ¡Oh! No podíamos ignorar que me entregaban sin defensa, vulnerable, ~~vulnerable~~... vulnerable precisamente en los más delicados sentimientos: en los que con mayor empeño habían cultivado en mí; Que maldad!

José Ant. - Es cierto. Ese fué el error.

Ernesto. Y la vergüenza de estar marcado con una marca tan infamante; expuesto al desprecio de las gentes.

José Ant. No son muchos los que pueden tirar la primera piedra.

Ernesto. (Exaltándose de nuevo.) Gran consuelo. Para eso no me hubieran enseñado á respetar tantas cosas. Jamás perdonaré!... jamás!

José Ant. Vuelve en tí muchacho. Te creía más fuerte.

Ernesto. Soy una hechura de ustedes. No puedo ser superior á las preocupaciones que me han inculcado ¿Me comprendes? No; han sido infames jugando de esta manera con mis destinos. Infames! En plural. Porque si esa mujer fué culpable, más lo fuiste tú, prestándote á ocultar la mentira de toda su vida.

José Ant. Cállate. Disimula.

Ernesto. (Sentándose.) Quieren que sea fuerte, que

54
sea fuerte.... Demasiado lo soy conservando tanta calma.

Escena IX

Dichos. Mameca y Silvia.

Mameca - (Que aparece discutiendo con Silvia.) Si no se ^{ha} ido ¿que te hago?... ¡Yes como está!

Silvia - (Abandonándola junto a la puerta.) ¿Qué ha sucedido?... ¿Que tienes manía?... Ernesto!... Dios mío!...

José Ant - Luego sabrás. Llévate a abuelita. Pronto!...

Silvia - No. Díganme!...

José Ant - Llévala y vuelve (Obligándola.) Anda! (A Mameca) Abuelita. Aguardeme un momento. Enseguida voy en su busca.

Mameca - No. ¿Yo veo todavía. Aquí pasa algo. Ustedes están tristes!...

José Ant - No, señora. Yaya!...

Mameca - ¿Me quieren echar?... No.... no me voy!... Debo saber!... ¿Creen que ya no soy na-

ojo

die?... (A Silvia.) Acompáñame hija (Apo-
yada con Silvia se encamina hacia un sillón
donde se sienta.) La pobre vieja todavía sirve
para dar un consejo... Hablen ahora; pero
hablen ~~un~~ poco fuerte para que oiga,
¿Que es lo que les pasa, muchachos?

José Ant - Nada grave abuelita, una contrariedad
de Ernesto.

Mameca - Será de sus amores ¿Verdad?

José Ant - Precisamente.

Ambe

Mameca; ¿Y por eso están todos tristes?... Ernesto,
hijo mío, Eso no está bien hecho ¿Qué ganas
con afligirnos a todos? Si remediáras al-
go!... Si nuestra pena pudiera ayudarte
a conquistar el corazón de esa niña, me
explicaría que nos hicieras llorar... Mi-
ra: tu padre al principio era como tú,
pero luego, cuando tuvo experiencia te-
nia por costumbre decir: No hay camino
más seguro para llegar a la felicidad que
el de la esperanza.

P T

56
Ernesto - Sin embargo, se amato'!...

Maameca ; Qué ?... ; Cómo ?...



Fimbo

ET Belón

Acto 3^oEscena I

Cuerpo de la casa que dá á un jardineito, con galería, con cristales y cubierta por una enredadera de jazmines nevada de flores. Vegetación de primavera. - Sillas rústicas y un sillón amplio con un coussin de hacer encaje á su lado.

Eti - Silvia - Ernesto.

Ernesto - ¡Oh, Eti! No creo que seas tú la más autorizada para quejarte de la vida!

Eti - ¡Déjame! ¿No he de serlo? Sin fortuna, condenada á vivir de los parientes acomodados como ustedes; condenada á tía que es lo peor.

Silvia - (Riendo) Me imagino el suplicio; Pero no me has dicho que quedaste soltera por tu voluntad?

Tití - No tanto hijita. Es cierto que por casarme pude haberme casado. Pero no es esa la cuestión. Después: ¿Es imaginaria ^{existe} ~~existe~~ algo más triste que este oficio de enfermera?

Ernesto - Según como se tome.

Tití ; Es horrible hijita eso de estar presenciando eternamente el espectáculo del dolor y la miseria humana!

Ernesto - Pues yo sé de un enfermero de hospital que se sacó una lotería y a los quince días volvió a pedir el cargo, porque no podía vivir sin ese espectáculo que dices.

Silvia - Después, en tu caso...

Tití - Es cierto que no lo hago más que con los pacientes y relaciones íntimas. Que soy una aficionada.

Silvia - ¡Que toca de oído!... Quería decirte que ahí no te faltan compensaciones. Eres un paño de lágrimas de los dolores físicos y de las penas morales...

Tití - ¿Qué significa eso?

Silvia - Siempre es una satisfacción estar al
 cabo de los secretos ajenos. Tiene uno en
 que entretenerse, asuntos para conversar.
Eiti - Ya sé por donde vienes. Te conozco viehichito.
 Pero puedes estar tranquila. Lo que es de aquí
 (señalándose la boca) mi esto. Tengo mucho
 respeto por mi familia ¿lo sabes? para
 que pueda cometer una indiscreción.

Silvia - No quise decirte tal cosa.

Eiti - Sí! sí! Comprendido! Pierde cuidado.
 Por otra parte hijita, has de saber, que no
 se puede tajar el cielo con un barnero, y
 que hay cosas que parecen muy ocultas y
 muy misteriosas y sin embargo son más
 conocidas que la casa de Mitre.

Silvia - No te enfades.

Eiti - Me ofendes y quieres que calle ¿no? ¡Oh!
 Crees que me ha cogido de nuevas el asun-
 to de ustedes? que ^{he} sorprendido algún secre-
 to? ¡Nada de eso, para que lo sepas! Bastante
 te he tenido que violentarme para defender

60
el honor de la familia. ¿Porqué no voy
más á lo de Aree, vamos á ver?... ¿Porqué
me he disgustado con Angdita Perra, des-
pués de una amistad de tantos años? Por-
que, no podía permitir que hablaran de us-
tedes como hablan. Y esto no es intrigar á
nadie, sino decir la pura verdad. Y enan-
do la muerte de tu padre. ¿Quién si no
yo las defendia de aquel mundo de intrigas
y habladurias que se levantaron? Lo que has
hecho conmigo, es una ingratitude, ¡me
oyes! una gran ingratitude.

Ernesto - ¡Está bien, Eiti. No te enojés, Silvia no
ha querido ofenderte.

Eiti Por que á uno le gustá conversar un poco
y entretenerse, porque sea de caracter fra-
co, nadie tiene derecho á suponerla una
chismosa. Y aunque lo fuera, sabes, aun-
que lo fuera, la culpa sería en todo caso
de quienes me enteran de secretos y cosas
que deben ignorarse; que también.... Y ¡il-

timamente, si están fastidiados de mí, no necesitan andar con tanto rodeo para hacérmelo saber, con decirme: Citi, marchate! queda todo arreglado. Tengo todavía bastantes recursos para campañearme las por mi cuenta.

Silvia Ya basta! (Fastidiada.)

Citi No me provoques. (Se vá resongando por la galeria.)

Escena II

Ernesto - ¿Por qué has hecho eso, Silvia?

Silvia - Es que me tiene harta esa bruja. No vé el momento en que mamá esté mejor, para largarse por ahí, de relación en relación á compadecernos (remedando) ¡Ay! Han visto la enfermedad de Rosario y la desventura de mis pobres sobrinos? ¿Que cosa! que barbaridad! que drama! y á los que lo saben por eso mismo, y á los demás

porque no lo saben, no queda en una semana persona por enterarse de nuestras cosas. No sé por qué arte, esta maldita arpía ha caído en casa en el momento justo de poder descubrirlo todo.

Ernesto - ¡Oh! No hará más daño que el daño hecho por otros!

Silvia - ¿Te parece? A ti no. Eres hombre y puedes ponerte á mil leguas de aquí ó defenderte. Pero yo!... Mi única salvación es el secreto y la reserva. Si las cosas hubieran seguido como antes!

Ernesto - No hables así. Parece que no te dieras cuenta de nuestra situación. No eres tan criatura ya!...

Silvia - Porque tengo experiencia y reflexión ^{así}. Debieramos seguir así no sabiendo nada. No lo ignoraban antes y sin embargo continuaban dispensándonos sus consideración. Lo que nos pierde es que se sepa que ya sabemos.

Ernesto. Pobrecita! Se han hecho más daño que á mi. Te han estropeado la conciencia.

Silvia. En no razones de mejor manera.

Ernesto. No; mi dolor es íntimo y superior, á toda ~~preocupación~~ ^{preocupación}.

Silvia. Se conoce! Por eso te vas á Europa!...

Ernesto. A olvidar. Allá nada podrá recordarme....

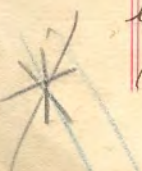
Silvia. ¿Y esa conciencia? Déjate de romanticismos y no te contradigas! Yo he puesto las cosas en su lugar. Lo que nos pierde es que se sepa que ya sabemos ^{repito} Oye: para decirte la verdad, en el fondo no he perdido las esperanzas de recuperar el pasado. (Se sienta al lado de Ernesto.)

Ernesto. ¿Cómo?

Silvia. Habituéndome á la idea de que nada nos ha sucedido.

Ernesto. ¿Por qué? José Antonio

Silvia. Tiene mucho ascendiente con mamá y el día menos pensado te contagia sus extravagancias igualitarias y se nos presentará con



el fardo de su mujer y sus hijos. Entonces sí; que nos hundimos de veras.

Ernesto - ¡Oh! No lo hará!...

Silvia - ¡Quién sabe!

Escena III ~~II~~ Trichos y José Antonia.

José Ant. Silvia!... ¿Qué le has hecho á Eiti?... Ha llegado hecha un ferrenias de quejas y lamentaciones.

Silvia Le dije que era una ebismosa.

José Ant. ¡Oh! Con razón!... Pero tienes que desagraviar la porque sino te despelleja!...

Silvia Pierde cuidado. Tengo en mi guardarropa muchas cosas para conformarla.

José Ant. Mamá quiero verte. Te enseguida, la salvarás de la lata de Eiti.

Silvia - No! No... no me agarra. Es para hacer las faeces.

José Ant. No seas mala. Anda.

Silvia - (Resignada.) Uff!... Dios me dé paciencia!

José Ant. (Determiéndola.) Sabes á cuanto estamos del mes, Silvia?

Silvia - (Extrañada) En realidad... Catorce ó quince.

José Ant. Catorce.

Silvia - Bueno ¿y qué?

José Ant. Catorce de noviembre. Nada te dice la fecha?

Silvia - (Confundida.) ¡Ah!...

José Ant. Es su cumpleaños... Lévale unas flores, siquiera.... Le darás una gran alegría á la pobre....

Silvia - (Conmovida.) ¡Oh, sí!... ¿Ha dicho algo?

José Ant. Nada; que ha de decir! Está resignada á todo!

Silvia - Perdón!... No fué de intento!... Las cortaré yo misma.... (Vase por el jardín.)

Escena IV José Ant. y Cornesto.

José Ant. - ¿Y tú?...

66
Ernesto - Aquí estoy.

José Ant. - ¿Decididamente te embarcas hoy?

Ernesto - No, el vapor no sale hasta mañana a primera hora. (Una pausa - José Antonio se sienta pensativo.)

José Ant. - Ningún argumento podrá hacerte desistir?

Ernesto - Ninguno.

José Ant. - Ni aún sabiendo que tu marcha puede costarle la vida?

Ernesto - El médico me ha dicho que ya no hay peligro.

José Ant. - Ha dicho que la menor contrariedad moral, bastará para provocar una crisis peligrosa.

Ernesto - ~~Que dar~~ ^{ustedes} ~~ustedes~~ para endulzarle la vida.

José Ant. - La amargura de tu ausencia podría siempre más que nuestro regalo i No la mates!

Ernesto - No, José Antonio. Tus argumentos sentimentales aumentarían mi pena, pero no

me convencer.

José Ant. No es mía la culpa si no atiendes ~~patras~~ ^{patras}, si te aferras a una preocupación social.

Ernesto. No.

José Ant. Sí. A una preocupación estúpida y subalterna.

Ernesto. Qué fue la base de mi moral.

José Ant. Nunca ^{ful} la esencia, ni la finalidad de tu vida para que desesperes y te subordines lo único sano que llevas encima; el sentimiento y las energías. Yo he experimentado la misma crisis, pensaba lo que tú; fui más violento que tú, ^{pues} ~~pues~~, llegué en mi desesperación hasta lo indigno; pero salí nuevo de la prueba, dueño de mí mismo, con la comprensión de la vida ~~de~~ purada, más sano, más hombre, más fuerte, más apto para luchar, y ser feliz. Por eso me impuse la misión de reparar.....

Ernesto. Queriendo subvertirlo todo, yéndote al otro cote.

José Ant. ¿Te refieres a mi casamiento?

Ernesto. Sí, y a muchos de tus actos.

José Ant — Inde haber evitado los extremos; es cierto, pero mi conciencia estaba saneada ya, é hice lo que no me habrían permitido hacer tus hermosos prejuicios morales y sociales: reparé, y bien sabes que no tengo motivos de arrepentimiento, Solo una pena me perturba á tal respecto; la de no poder á causa de esos mismos prejuicios, contribuir á la paz de nuestra madre con la caricia de mis hijos. Yaya, Ernesto. Reponte, no te exijo un renunciamiento como el mio, de tus creencias, ni de tus costumbres. Consérvales; quiero simplemente que respires hondo, que ensanches un poco ese pecho. Verás en tanto aliviá abrir las válvulas del sentimiento reprimido! Yamos hacia nuestra madre desde el fondo de nuestro corazón, donde han labrado tanto los años de la vida afectiva.

Ernesto — No, hermano, no. Todavía no. ¡tal vez sea mejor la ausencia. Quizá pueda volver curado á reparar como tú!....

José Ant. - ¿Y si llegas tarde?

Ernesto - No insistas. No puedo, no puedo!...

Escena IV Criado. — después
Rosario y Eiti.

Criado - Señorito! Vienen del expreso por su equi-
paje.

Ernesto - Voy.

José Ant. - No la verás ante?

Ernesto - No. (mutis.)

José Ant. (Para si.) ¡Oh! ¡Muchacho! ¡muchacho!
(Aparece en la galería Rosario que está convalecien-
te de una grave enfermedad apoyándose ^{en} el bra-
zo de Eiti.) ¡Oh! mamá! ¿Por qué has he-
cho semejante cosa?

Rosario - Me siento muy fuerte.

José Ant. (A Eiti.) Eiti no debiste, permitirle.....

Rosario - No le digas nada, fui yo, queria ver
el cielo y respirar un rato á gusto entre mis
flores. No te enojas! Tanto tiempo entre
cuatro paredes!

José Ant - Te consiento, pero de ahí no debes pa-
sar.

Eiti - Eso le dije yo. Estaba empeñada sin em-
bargo en que había de recorrer el jardín.

Rosario - Naturalmente.

José Ant - Es un desatino, no lo consiento.

Rosario - Nadie conoce mejor que yo mi estado.
Estoy mucho más fuerte de lo que sospecha
el mismo médico.

José Ant - Bien. Te haré ese gusto, porque el
día está muy apacible. No obstante, ya
verás con el médico. (Le ofrece su brazo
y la conduce hacia el sillón.) Ocuparás el
trono de abuelita.

Rosario - ¡Que hermoso está mi ^{jardín} ~~jardín~~! ¡Qué
hermoso!

Eiti - Parece de nieve ¿verdad? Recuerdo cuan-
do lo plantaste.

Rosario - Sí; yo lo planté.

Eiti - Hace muchos años... á poco de cracer, sil-
via.

Rosario. Eso es.

José Ant (A Eiti.) No digas entonces que hace muchos años que si la chica te oye....

Eiti ¡Qué lástima, no se ofenda!... Lo que es yo a esa atrevida no le hablaré una palabra más.

Rosario No le guardes rencor. Bien sabes que jamás habla en serio.

Eiti Le parece!... Es más abispada y pizpireta de lo que piensan.

Rosario ¿Por qué rieron? Cuéntame.

Eiti Me dijo, como te conté, que era una lengua larga.

Rosario Por alguna causa habrá sido.

Eiti Ninguna. Figúrate que me creé capaz de contar ciertas cosas...

Rosario ¿Qué cosas?

José Ant Mamá; estarías más á gusto con un almohadón en la espalda....

Rosario Estoy muy cómoda.

José Ant ¿Quieres traerlo Eiti? Perdóna qué....

Eiti (Yendo en busca de lo pedido.) ¡Oh, con mucho gusto!...

Rosario Ven, José Antonio. Siéntate á mi lado. Eii debias estar en tu casa, y por mi... quien sabe cuantas cosas has abandonado.

José Ant Ninguna, y aún cuando así fuera!.. He llevado á abuelita hoy. (Yendo al encuentro de Eiti, que trae el almohadón.) ¡Ym prudente!...

Liti Queda tranquilo.

José Ant A ver, mamá. Pondremos esto así....

¡Ajá!

Rosario Gracias.

Eiti Rosario, si no me precisas hoy que te lleve, haré una escapadita hasta casa. Voy y vuelvo.

Rosario - Si, hija, si....

Liti Hasta luego. (mutis.)

Escena V

Rosario ¿No quieres sentarte junto á mi?..

Vén, estamos solos. Quiero decirte una cosa.

Jose Ant - ¡Oh, no!... Si es para recordar asuntos de agradables no cuentes conmigo.

Rosario - No es eso. Vén. Siéntate más cerca... Así ¿sabes lo que me figuraba hace un momento? Es en el fondo una tontería... una alucinación de mi mente enferma... No te rías. Me figuraba que te habías vuelto niño... de ocho ó diez años. Que estábamos en el jardín como en aquellos tiempos... y me asaltó un deseo vehementísimo de tenerte junto á mi, apoyada la cabeza en mi falda, envuélndote los cabellos con mis dedos...

Jose Ant - Así, mamá. (^{sentándose} ~~y se sienta~~ á sus pies.) Así, mamá.

Rosario - ¡Oh! ¡Gracias! Así! así! (Le besa la frente con ternura.)

Escena VI ~~Los~~ Lichos y Silvia

Silvia - ¡Los he sorprendido!... Qué vergüenza!

José Antinio! que vergüenza, Pepito!...

José Ant. (Riendo.) Has sentido celos!...

Silvia - ¡Ya lo eres! Yo venia toda regocijada á sorprenderla con mi regalo y me hallo con que mi puesto estaba ocupado... ¿y por quién? Camarero gaudul disputándome terreras que ya solo eran mías! Señora: Aquí tiene usted mi regalo y un beso nada más en castigo....

Rosario - (Después de besarla.) ¡Oh! ¡Qué lindo ramo!

Silvia - ¡Ah! Y que los cumplas muy feliz, y que vivas muchos años y... todo lo demás...

Rosario - ¿Cómo?

Silvia - ¡Baste, la desentendida!

Rosario - De modo que se han acordado?

Silvia - ¡Ya lo eres!

Rosario - ¡Oh! ¡Qué buenos! ¡que buenos!
(Llora.)

José Ant. - Mamá ¿á qué vienen esas lágrimas?

Rosario - ¡Qué buenos!

Silvia - Nada hacemos de extraordinario... ^{los} ~~los~~ ^{dos} años...

Rosario - ¡Ahora todo tiene un significado distinto!...

José Ant - Nada ha variado ¿verdad, Silvia?

Silvia - ¡Nada!

Escena VII ~~VI~~ Criada

Criada - Señor: La señora mayor desea hablarle.

José Ant - ¿Abuelita? Es bien raro ¿Qué habrá pasado?

Rosario - ¡Oh! Alguna desgracia quizás... Corre hijo, corre!... Dios quiera que nada haya ocurrido!...

José Ant - Sin embargo no sería ella quien...

Rosario - Vé, vé en seguida!... (Mutis de José Antonio y la sirvienta.) Tal vez alguno de tus hijos. No quisiera pensarlo....

Silvia - Tiene razón José Antonio. No habría

venido ella á avisar. No te inquietes. Apostaría á que se tratã de una travesura de Moameca... ¿Qué crees?... ¿Eodavía gasta buen humor? ¡Ay Dios mio! No te dije? Observa eso? (Aparece José Antonio, Moameca y dos niños, varon y mujer, de 4 y 6 años.)

Rosario - ¡Sus hijos!...

Moameca - Si se portan mal, verán como los arreglo. Venga, allí está... allí está la otra abuelita. Corran á saludarla.

Rosario - (Profundamente emocionada, besa á los niños que han corrido hacia ella.) ¡Hijitos!... ¡Hijitos!... Qué hermosos! que hermosos!... Oh, es demasiada alegría!... (Escena IX - Dichos y José Antonio)

Moameca - (A José Antonio que contempla el grupo requejado.) ¡Yes! Yo sabia que esto iba á suceder! Por eso se los robé á la madre!... Ella, tenia dejarme venir, sola, pero el cochero es de toda confianza... Mucho antes debió pasar esto, mucho an-

tes!

Rosario - ¿Y, mamá, hijitos? Está buena, está bien?
¿Verdad Silvia que son una ricura?...

Silvia - Sí, son lindos.

Mameca - Come, Rosario. En manera te manda es-
tas otras flores....

Rosario - ¡Oh! Cuantas! Gracias! gracias!...

Niño - (A voces.) ¿Y cómo las compraste tí abuelita,
en la floristería? en la abuelita

Mameca - Por encargo de ella, atrevido!...

José Ant. - (a Mameca.) ¡Le han quitado su trono,
señora!...

Mameca - ¡Ah, sí! Pero yo estoy bien en cual-
quier parte... Dame ^{una} silla!... Hoy me
siento más fuerte! Cuidado niños con
mis puntillas... esos palitos no son para ju-
gar...

José Ant. - (Poniéndole una silla.) Come usted asiento!...

Mameca - Gracias! ¡Ajá!... ¡Así!... Silvia, alean-
zame el coussin. No sea cosa que esos bandi-
dos me hagan un estropicio....

Silvia - (Llevándose lo) Aquí lo tiene, señora!...

Mameca - ¡Ajá! ¡Así! (Arreglando los hilos del encaje.) Ahora sí que voy á trabajar tranquila. Le hemos puesto una tabla más á la mesa. Pronto, si Dios quiere, la agrandaremos del todo!... Mira, mira, mira! Ayer me decías que había hecho mal ese mudo, me lo hiciste tan bien que ahora tengo que deshacer todos los puntos!...

Silvia - Le digo que no. Usted ya no vé... Es así...

José Ant - Bueno, jovencitos. Dejen en paz á su abuela y váyanse á corretear por ahí!...

Rosario - No, dejamelos. Me hacen tan dichosa!...

José Ant - Habrá tiempo. Ahora es preciso que pienses en reponerte... ¿Has tomado ali-
mento?

Rosario - No necesito. Me siento tan fortificada!...
(Besando los niños que se alejan.)

Mameca - (Viéndolos salir.) Cuidado con las plantas ¿eh?... (Continuando la tarea.) Bien, déjame. Ahora puedo seguir!... Por qué no

vas con los chicos ¿no te gustan?

Silvia - Si, señora!...

Mameca - Pensé que no! No he visto que ~~les hagas~~
los hayas acariciado. (Silvia se vá por el
jardin.)

Rosario - (A José Antonio) ¿Sabes? Cuando yo te
reprochaba el alejamiento de tu familia, es
que tenía celos de tu dicha.... Siempre aguard
dando una indicación tuya para decirte:
Quiero verlos, tráelos!... ¿tú... siempre un
do!... Yo sabía que eran hermosos, que eran
buenos, por la abuelita!

José Ant - Mi mayor deseo hubiera sido traértelos,
pero...

Rosario - No supe comprender tu delicadeza. (pan
sa) ¿Quieres hacerme otro regalo en este
día, en este mi día?

José Ant - Sí.

Rosario - Podríamos comer juntos esta noche....
todos.... es decir.... (con tristeza) Los que quie
ran, los que puedan venir....

80
José Ant - Mira que tu sola voluntad...

Rosario - Es cierto. Llama a Silvia ¿quieres?

José Ant - (a veces) Silvia!...

Silvia - ¿Que hay?

Rosario - He resuelto celebrar mi día con una fiesta de familia.

Silvia - ¿Eh no estás para fiestas.

Rosario - Quiero decir que desearía ver esta noche en la mesa a todos los miembros de la familia. ¿Habrá alguna inconveniente hija mía?

Silvia - ¡Oh, mamá!... Usted es muy dueña!...

Rosario - Quiero saber si recibirías con alegría esta determinación.

Silvia - ¿Por que no?

José Ant - Con sincera alegría? PT

Mameca - Silvia ¿que ~~estaban~~ ^{están} ustedes conspirando?

Silvia - Mamá ha resuelto que esta noche se agrande del todo la mesa ¡Está contenta!...

Mameca - Es cierto José Antonio? Esta muchacha están embustera que nada le creo.

José Ant - Cierto (A parte a Silvia.) Silvia, Silvia,
ten cuidado!

Mameca - De modo que estaremos todos... ^{si} ~~fuimos~~
Todos. (Pasa por el jardín un individuo con el
equipaje de Ernesto.) ¿Qué llevar ahí?

José Ant - El equipaje de Ernesto que se embarca.

Mameca - Es cierto, no me acordaba. ¡Pero,
señor, señor, que nunca ha de estar com-
pleta la mesa!...

José Ant - No se aflija. Ya volverá.

Rosario - ¿Lo crees, hijo mío?...

José Ant - Estoy seguro (Silvia se aleja. Llorra
silenciosamente ocultándose a las miradas)

Ninos (Los chicos vuelven corriendo con flores y
ramos malamente arreglados.) Para ti,
abuelita, y estas, también!...

Rosario - ¡Oh! son muchas! Demasiadas
flores.

ET Celón
